

Marino Díaz Guerra *

Educación y Sociedad: Socialización de la Enseñanza

En los ámbitos local, provincial, regional y nacional, todas y cada una de las instituciones educativas deben estar sometidas al control de las fuerzas sociales del contorno geográfico en que se encuentran ubicadas, fuerzas sociales que, en definitiva, son la representación de los sectores político, económico, social, familiar, religioso, docente y, en su caso, discente. Esta es la única vía de evitar, tanto la "privatización" como la "estatificación", logrando que la sociedad realmente participe en las tareas educativas de cualquier comunidad y bajo la dirección del Estado.

EL FALSO DILEMA CULTURA GENERAL - FORMACION TECNICA

Previo a cualquier consideración de índole estrictamente educativa, es preciso situarse en el marco del mundo que nos ha tocado vivir y detectar, concretamente, el hecho más característico de nuestro tiempo. Nos referimos al creciente dinamismo o aceleración histórica, fruto del reto planteado en su día por el desarrollo científico y tecnológico. La sociedad global no se presenta ya como un conjunto estático, sino como un fenómeno total en equilibrio dinámico y en continua renovación.

En el orden educativo, este hecho encuentra su reflejo en dos tendencias hoy ya claramente dominantes y que transforman la concepción tradicional de la enseñanza: la primera, hace prevalecer la *formación* sobre la *instrucción* —al resultar inútiles en muchos casos las preparaciones al mismo tiempo muy largas y estrechamente especializadas—, lo que supone orientarse hacia una enseñanza de métodos más que de contenidos; la segunda, y ante un saber que se desgasta rápidamente, plantea la necesidad de establecer lo que viene denominándose educación permanente como posibilidad de adaptación continua ante las crecientes necesidades cambiantes de nuestra época.

Lo que con ello se está planteando, no es sólo una educación de masas para hacer frente a la necesidad de elevar los niveles de cualificación profesional, necesidad derivada de las crecientes demandas de la sociedad

(*) Director del Gabinete de Estudios de la Comisaría para el S.E.U.

industrial y que viene obligando a la desaparición de la clásica educación de élites. Es un nuevo tipo de educación, un nuevo tipo de escuela, y en especial, un nuevo tipo de cualificación profesional el que la evolución técnica demanda.

Ello exige una formación de base polivalente, consistente no tanto en la adquisición de un saber parcelario y especializado como en la iniciación a los métodos de la investigación y de la invención científico-técnica, única forma de responder a una época caracterizada por rápidas transformaciones técnicas y científicas y, por tanto, no verse sometida a la propia técnica. En consecuencia, es una cualificación que crea, no sólo un hombre "especializado", como la máquina de que se sirve, no sólo un hombre "hábil" en la ejecución de sus tareas, sino, fundamentalmente, un hombre al que se le ha proporcionado —a través de la formación de base— una capacidad general de comprensión del sistema social en que el individuo produce los bienes y de los fines para los que trabaja.

Implica, a su vez, evidentemente, dos exigencias en apariencia contradictorias: la impuesta por el proceso de producción moderna, de un desarrollo de las capacidades humanas, y la de impedir que ese desarrollo de las capacidades lleve consigo una autonomía creciente de los individuos y les lleve a plantearse, a cuestionar, la actual división de funciones sociales y reparto de los poderes.

La "habilidad" que califica al individuo sobre el plano técnico se presenta, de este modo, bajo un doble aspecto: el aspecto de la "habilidad profesional de ejecución", que hace al individuo capaz de adaptarse a la variabilidad de la nueva situación del trabajo, y el aspecto de la "habilidad cívica de participación" en la vida social, con la que el sistema técnico de producción tiende a identificarse.

La cualificación profesional del obrero y de la masa de la población será, entonces, el resultado de una formación progresiva que, partiendo de una base sólida de cultura general y pasando por una enseñanza propiamente profesional, permita al individuo desarrollar sus actividades intelectuales, no sólo en orden a una rápida adaptación a los cambios técnicos y a fin de adquirir la capacidad de analizar, transmitir y exponer las informaciones, sino también en orden a despertar en él la conciencia democrática a fin de que pueda tener una influencia directa sobre la gestión política de los bienes de producción y de los que depende no sólo su existencia, sino también la de toda la sociedad. Como expresa el padre Reguzzoni, "podemos afirmar que formación profesional y formación humana tienden a identificarse en el aspecto común a toda cualificación profesional: la toma de conciencia que el ciudadano debe tener de su función y de su responsabilidad en la comunidad de hombres libres".

Los que se oponen a esta tendencia afirman que la transformación de las cualificaciones obreras por medio de contenidos culturales es necesariamente una "instrumentalización" de la cultura con fines puramente económicos. Pero no se dan cuenta de que si la cultura general forma parte de la cualificación profesional, el fenómeno opuesto se produce también; es decir, que en la civilización de la técnica, la profesión llega a ser ella misma un hecho cultural que hace de la cultura una expresión particular de la persona humana que vive en esta civilización.

Si hoy no es técnica la que puede prescindir de una cultura general para verificar sus fundamentos, tampoco es cultura moderna la que puede pretender ignorar las técnicas por las que pasa el destino del mundo. El dilema cultura general-formación técnica no existe. El progreso social del mundo en que vivimos exige tener ya clara conciencia de ese valor social

del trabajo. En esa perspectiva, la educación para una profesión no tiene un fin meramente utilitario y egoísta, sino una plenitud de significado ético y social.

CULTURA DE MASAS UNIFICADA —NO UNIFORMADA— EN SUS PRINCIPIOS Y EN SUS VALORES

En este contexto es donde se hace claramente comprensible la democratización de la enseñanza y la necesidad de socializarla. Ningún ciudadano de la civilización del trabajo podrá desarrollar su personalidad más que en la medida en que juegue su papel de trabajador en el sistema técnico de producción hacia el que tiende la sociedad moderna desarrollada. Este papel supone la posesión, no sólo de cualidades específicas de aptitud a las diferentes formas de trabajo, sino también una cultura general previa, sin la cual ninguna cualificación profesional de los tiempos modernos será posible; sin ella, todo esfuerzo de promoción personal estará condenado al fracaso.

Esta es la razón esencial que obliga al establecimiento de un tronco común de enseñanza, y que a su vez supone ser la única forma de superar las discriminaciones de grupos y las diferencias cualitativas de instrucción y de cultura entre los diversos grupos sociales. Sólo una válida y eficiente cultura de base —no inferior a los diez o doce años de duración— puede vencer las diferencias socio-culturales y ambientales de formación, así como dotar al joven de una preparación de fondo que posibilite la cualificación profesional que se requiere en el ámbito del trabajo moderno, y el desarrollo de una formación continuada o educación permanente. Ello supone superar nuestra herencia histórica de dos culturas separadas —una para burgueses y otra para trabajadores— y sustituir la noción de selección por la de adaptación, a las capacidades de cada uno, de una cultura unificada en sus principios y en sus valores, proceso en el cual la orientación profesional jugará un papel sustancial. De lo que se trata es de una participación de todos en grados diferentes, participación que deberá proseguirse durante toda la vida mediante la cultura popular y la educación permanente.

A través de una enseñanza de este tipo es como se prepara no sólo al hombre trabajador que requiere la sociedad de nuestro tiempo, sino que se superan los obstáculos que hasta ahora han hecho imposible hacer realidad la democratización de la enseñanza. Especialmente, dos de ellos: el denominado estructural, según el cual se creaba una enseñanza distinta para las cualificaciones obreras de la que se exigía para acceder a la élite profesional superior, detentadora tradicionalmente de la dirección política, económica y social de un país; y el derivado del medio ambiente cultural, según el cual un joven no sólo recibe una mayor o menor estimulación intelectual, sino también una determinada motivación social y profesional, un cierto nivel de aspiraciones. Como afirma Vaizey, "la correlación entre inteligencia y clase socio-económica alta no se debe probablemente a una selección genética, sino más bien a un condicionamiento social de suma complejidad, especialmente en el primer ambiente familiar".

Como podrá adivinarse, una enseñanza común y única requiere un tipo de escuela fundamentalmente distinto de los existentes. Conviene advertir que esta "unicidad" no puede ser entendida como uniformidad, sino dinámicamente. Entre el campo y la ciudad, entre los centros industriales y las zonas subdesarrolladas existen diversidades tan profundas

que sólo pueden ser superadas evitando las diversidades de tipos de centro y, muy especialmente, la atomización de los núcleos de jóvenes en pequeñas escuelas rurales, necesariamente limitadas y adaptadas a una estratificación social de signo discriminatorio. Es preciso, por ello, tender a la configuración de centros de educación básica, como institutos centrales, escuelas consolidadas, capaces de ofrecer todo un orden cultural y un ambiente capaz de ayudar a superar la pobreza de su experiencia escolar y extra-escolar. Se trata, en definitiva, de hacer de la escuela un agente del cambio social, el factor sustancial de transformación de la estratificación social existente.

Ello sólo puede lograrlo la *escuela única*, capaz de consentir un igual punto de partida para todos los jóvenes y una común e igual experiencia escolar, sin importar la clase social a la cual pertenece. Como escuela formativa y general que se dirige a todos, la escuela única ha de lograr precisos objetivos humanísticos y políticos en el sentido superior de la palabra. Sus enseñanzas se dirigen al hombre, con la esperanza de darle seguridad en la posesión de sí mismo, de hacerlo dueño de la propia expresión, de dominar los propios impulsos, de aclarar sus intereses, de cultivar sus disposiciones; mientras, por otra parte, tiende a insertarlo poderosamente en la colectividad social. La escuela única, es, por lo tanto, una escuela de base; empeñada en enseñanzas de base, en las cuales pueden educarse la estructura humana y social del joven.

Lo que con ella se persigue es integrar las distintas clases sociales, asegurar una convivencia juvenil capaz de incidir en las costumbres de todos, renovando las relaciones políticas y sociales en una relación humana más eficiente y democrática y, sobre todo, otorgando al joven una preparación de fondo que consienta efectivas especializaciones profesionales en el ámbito del trabajo moderno, el cual requiere una responsabilidad técnica y humana siempre mayor. Y todo ello sólo puede lograrse a través de una duración escolar que no sea inferior a los diez o doce años.

Ahora bien, este tipo de escuela requiere que la sociedad asuma el control total y efectivo de la enseñanza, tanto a nivel de planificación como a nivel de gestión. Ello supone que en los ámbitos local, provincial, regional y nacional, todas y cada una de las instituciones educativas se hallen gestionadas por las fuerzas sociales del contorno geográfico en que se encuentran ubicadas, fuerzas sociales que en definitiva son la representación de los sectores político, económico, social, familiar, religioso, docente y, en su caso, discente. Es la única autonomía, de otro lado, entendible y dentro del contexto de una planificación escolar que las funciones educativas de nuestro tiempo requieren. En frase del padre Reguzzoni, "en nuestro tiempo la escuela alcanza la significación de un bien común que interesa a toda la población y que no puede ser dejada a iniciativas privadas benévolas". Es, asimismo, la única vía de evitar tanto la "privatización" como la "estatificación", logrando que la sociedad realmente participe en las tareas educativas de cualquier comunidad y bajo la dirección del Estado. Como podrá comprobarse, en este contexto la dicotomía enseñanza estatal-no estatal apenas tiene razón de ser.

LA UNIVERSIDAD INNOVADORA

Por último, a nadie se le ocultan los efectos que de una enseñanza de base así entendida se derivarían sobre lo que hasta el momento viene denominándose enseñanza superior o universitaria. Si la universidad man-

tiene su estructura actual —de centro de formación superior para una minoría profesional—, la igualdad de oportunidades en la base que se consiguiera mediante la creación de un tronco común de enseñanza conduciría sólo a una mayor competición, competición en la que es muy dudoso que los menos dotados socialmente consigan triunfar, desconociendo asimismo la nueva naturaleza de las cualificaciones profesionales en nuestro tiempo. Es la propia estructura universitaria y su relación con las necesidades profesionales del trabajo moderno lo que habrá que examinar críticamente.

Por ello, el verdadero problema de la universidad no es el del número de estudiantes al que debe hacer frente (problema meramente cuantitativo); es el de la inadaptación (problema eminentemente cualitativo). Es la crisis de una cultura inmóvil en un mundo en transformación. Si vivimos una extraordinaria aceleración de los descubrimientos, la universidad debe estar, en todos los sectores del conocimiento, a la cabeza de este movimiento. No puede, si no quiere condenarse a sí misma, limitarse a vivir de las rentas; debe convertirse en una verdadera fábrica de conocimientos, sometida a las duras y excitantes servidumbres del progreso continuado y de la innovación sistemática. Como afirma Louis François en la publicación de la Unesco "El derecho a la educación", de la que es autor, "divierte comprobar que la universidad es el más conservador de todos los cuerpos conservadores. Verdad es que tiene mucho que conservar: un caudal científico enorme que es necesario transmitir, tesoros de cultura que exigen saber y dedicación, una concepción del hombre inspirada por civilizaciones y religiones muy antiguas. Cuando se ha vivido largo tiempo entre horizontes familiares a los que se ha cobrado hondo afecto, es doloroso, difícil, imposible casi, orientarse deliberadamente hacia nuevos horizontes, sobre todo cuando éstos, movedizos y sin límites, parecen arriesgados e inquietantes".

Se trata, pues, de configurar a la universidad, no como el lugar donde se acaban los estudios, sino como el espacio geométrico en que se educan y forman las generaciones de una sociedad. El nuevo estado de cosas ya no admite el sistema tradicional de enseñanza y, menos aún, "que la enseñanza primaria sea la del pueblo y la secundaria la de la burguesía, ni que la enseñanza técnica se reserve a los hijos de los trabajadores y la superior se limite a formar mandarines" (Louis François).

Los tiempos de las élites predestinadas por el medio social están revueltos. Los tiempos de las masas han llegado, y de las masas saldrán los cuadros. De las masas es preciso formar las nuevas élites definidas por su valor humano y profesional. Como expresa el padre Reguzzoni, "la cualificación profesional se edifica sobre la cultura general". En consecuencia, "la enseñanza debe cambiar sus estructuras para adaptarse a las masas y no a las élites". Esta cultura, que las masas reclaman para obtener la posibilidad de participar en el poder, destruye las clases y unifica los pueblos. "Esta cultura, que los derechos a la igualdad de las personas no habían sabido crear, encuentra su razón de ser en las necesidades de orden económico de la sociedad moderna, donde lo económico se identifica con lo político".

Si partimos de la tesis de que la cultura es esencialmente dinamismo, es decir, de un lado, adquisición de la posibilidad de adquirir el conocimiento y asimilarle, y, de otro, la investigación, más allá del conocimiento, de la personalidad, y si nos situamos en el tiempo en que vivimos, observaremos la gran trascendencia que ello implica.

En efecto, nos encontramos en el tránsito de la segunda a la tercera revolución, en el paso de la que se ha denominado revolución de Marconi a la revolución de la informática. En esta última, el hombre se convierte en interrogador-creador; en la revolución de Marconi, es más bien sujeto y puede ser objeto de lo que se llama la agresión cultural: puede recibir una cultura que escape a su voluntad de decisión, estar obligado a escuchar cosas que normalmente no serían de su agrado o que no le forman, a sufrir, en resumen, un determinado modo de vida. Y he aquí el aspecto marcusiario del problema del hombre unidimensional.

Es, pues, necesario, que el hombre logre una posibilidad de decisión que le permita, de una parte, jugar la baza de la tercera revolución, y de otra, evitar la agresión de la segunda.

De esta forma, el problema de la universidad desemboca en el problema social y sobre el problema del hombre, concebido éste como un ente cada día más creador y menos pasivo.

El hombre de nuestro tiempo no puede ser igual al que vivía en épocas precedentes. La creación es lo contrario de la alienación y ello exige participación. Hoy esto es la piedra de toque de la democracia real, de una democracia que ha de soportar las necesarias revisiones, capaz de aceptar y promover las transformaciones necesarias y capaz de saber cuál es el momento en que es necesaria la emergencia de lo nuevo.

Es por ello por lo que las misiones de la educación en general y de la enseñanza superior en concreto, deben elevarse a este nivel si no queremos mutilar ninguna de sus dimensiones humanas.